

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR FERNANDO CASTELLANOS TENA DURANTE LA CEREMONIA DE ENTREGA DE LA MEDALLA AL MÉRITO ACADÉMICO *

Señor doctor Francisco Barnés de Castro
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Señor doctor Máximo Carvajal Contreras
Director de la Facultad de Derecho

Señor licenciado Jorge Madrazo Cuéllar
Procurador General de la República

Señor doctor José Luis Soberanes
Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas

Señor licenciado Pablo Zaval Montoya
Representante del señor Secretario de Gobernación

Señores doctores: Andrés Serra Rojas, Aurora Arnaiz Amigo,
Ignacio Burgoa Orihuela, Guillermo Floris Margadant,
Fernando Flores García, maestros eméritos

Señor doctor Pedro Hernández Silva
Presidente de la Asociación de Colegios de Profesores

El simple correr de los años no otorga mérito alguno a quien los cumple; por ello no me ha sido dable, a pesar del esfuerzo, encontrar la razón de este homenaje, sólo explicable si se tiene en cuenta la generosidad del señor Rector don Francisco Barnés de Castro, del señor Director de la Facultad de Derecho don Máximo Carvajal Contreras y de los Miembros del Honorable Consejo Técnico. Al expresarles mi agradecimiento, me declaro públicamente su deudor.

Me acompañan maestros de nuestra Casa de Estudios, todos aquellos queridísimos... funcionarios distinguidos que dan realce a esta ceremonia; y también un grupo de entrañables amigos cuya presencia es otro

* El evento se llevó a cabo en el Aula Magna "Jacinto Pallares" de la Facultad de Derecho de la UNAM, el día 25 de febrero de 1998.

don del ciclo, que hace estremecer mi corazón; gracias, muchísimas gracias... Gracias también a los empleados y trabajadores de nuestra Facultad.

Mi deuda se agiganta y carezco de medios para corresponder al señor Director Carvajal Contreras y al doctor Hernández Silva por los elevados conceptos vertidos; al escucharlos pensé que otro y no yo era su destinatario; sus palabras han inquietado mi conciencia, al advertir la disonancia entre la grandeza de su libertad y mi carencia de merecimientos; por ello, con espíritu pleno de humildad y gratitud, recojo sus palabras y como un avaro las atesoraré en mi alma; considero, siguiendo el pensamiento de Martí, que la largueza en el elogio no prueba el mérito del elogiado, pero sí la gallardía del corazón de quien lo proclama... Tanto el señor Director como el doctor Hernández Silva, señalaron lo que estiman positivo de mi labor, pero omitieron generosamente referirse a todo lo que pude hacer por mi Alma Mater y no realicé... Oí decir al maestro Ignacio Chávez, evocando a un pensador, que todos, al iniciar la marcha, partimos con una rica provisión de flechas y al término de la jornada nos faltan algunas que no recordamos haberlas lanzado; debieron caerse en el sendero; son las potencialidades del alma que no supimos utilizar, las ocasiones propicias para hacer el bien y servir a los demás que deliberadamente o por descuido dejamos perder, pero nos damos cuenta cuando ya es tarde... Yo, con profunda pena y con remordimientos de conciencia, confieso ante ustedes que fueron muchas, pero muchas las flechas que tiré en el camino...

Vine a recibir la presea no con el gesto vanidoso de quien escala la cumbre, sino con el de la modesta sumisión ante nuevos deberes que tan elevada distinción impone; no con la absurda pretensión de merecerlo todo, sino con acendrado afán de superación para servir mejor, dispuesto a entregarlo todo, lo que he sido, lo que soy y lo que aún pueda realizar, ¡mi vida misma...! eso es muy poco, ¡nada vale!, pero es lo único con lo que cuento y pongo al servicio de nuestra Universidad, ya que no tengo con qué corresponder... Mientras Dios me llama, pretendo alcanzar algunas realizaciones, entre ellas conservar la ilusión —difícil de hacerse realidad—, de lograr el cambio de mi modesto oficio de simple profesor por el noble de maestro; no importa el éxito o el tropiezo, pues como sentencia Marco Aurelio, el hombre vale lo que valen los fines que se esfuerza por alcanzar...

Dios siempre ha sido generoso conmigo, pero en especial el día de hoy, permitiéndome gozar, en plenitud de este cuadro luminoso y mag-

nífico, donde las tintas sombrías han sido puestas en fuga por alegres claridades y en el que estas muchachitas y estos jovencitos estudiantes universitarios, irradian afecto y desparraman, generosos, la magia exquisita de su sonrisa, confiada y serena, arrancando vibraciones sublimes en todas las miradas. . . Cuadro que por su hermosura arroba mi espíritu; al fin la belleza es el esplendor del orden y el orden en su quietud engendra la paz. . .

Estudí en la antigua Escuela de San Ildefonso con ilustres maestros, a quienes llevo siempre en mi corazón; unos se han ido ya, pero conservo su herencia preciosa; otros, por fortuna aún viven y siguen engrandeciendo a nuestra Casa de Estudios y al país; ahora generosamente algunos me acompañan; fui discípulo de grandes maestros insignes; no los menciono a todos, para no prolongar mi intervención, pero están siempre en mi mente. Ellos son los legítimos destinatarios de este homenaje, porque les debo mi formación, lo mismo que a mi hermano Fidel, a quien hace poco llamó Dios.

Hace más de medio siglo, impartí, con palabras balbucientes, mi primera clase en esta amada Casa de Estudios. . . Hoy me anima el mismo entusiasmo del primer día y aún abrigo la esperanza de nuevas realizaciones; al fin quienes hemos sido fieles al estudio, generalmente conservamos la lucidez intelectual por más tiempo que los consagrados a otras tareas. Al ejercitar de continuo las potencias superiores, éstas permanecen vivas por más largo tiempo. Decía el maestro Chávez y decía bien, que no es lo mismo vejez que edad avanzada. . . si vejez es fatiga, desempeño las actividades diarias en la clase y en las varias comisiones universitarias sin cansancio alguno; imparto las lecciones con el mismo fervor del primer día hace más de medio siglo. . . si vejez es desaliento, aseguro a ustedes que no he perdido el entusiasmo; aún pretendo lograr algunas realizaciones en el breve tiempo que me falta. . . Si vejez es soledad, no estoy solo, tengo a mi hijo, que llegó a mi vida como un anticipo de la gloria. . . El cansancio propio del correr de mi vida, huye al contacto con mis alumnas y alumnos de ayer y de hoy; ellas y ellos han logrado el prodigio de que jamás me embarguen ni el desaliento ni la soledad. . . Han percibido que el amor que profeso a mi hijo Fernando, los envuelve a todos sin distinción y me han brindado y me siguen brindando, con la bulliciosa generosidad de su inquieta juventud, el calor filial que conforta y vivifica.

Repetidamente digo a mis alumnos que nuestra Facultad los prepara para un destino superior y que ser universitarios entraña un privilegiado honor que sólo puede justificarse si soporta serios gravámenes;

éstos obligan al estudiante a ser ambicioso en la adquisición del saber y en la práctica de la investigación jurídica; su espíritu no ha de sufrir desmayo alguno, ni en la búsqueda de la verdad, ni en la idea de servicio social; si la Universidad es el alma del país, nuestra amada Facultad de Derecho es el alma de la Universidad... De la calidad de los profesionistas e investigadores que entregue la Universidad, depende el éxito o el fracaso de México; he insistido que a ellos toca hacer que las nuevas generaciones sean cada día más fuertes por su saber, pero también superiores por las virtudes personales y cívicas de sus integrantes; y siguiendo al citado maestro Chávez, les digo no olvidar que "La Universidad es aula para la enseñanza; laboratorio para las ideas, claustro para la formación de caracteres, es la conciencia de México... Por eso nos aferramos a ella, sin importarnos errores, tropiezos y avatares. Es porque creemos en ella, en su nobleza innata y en su destino. Negarla sería negar el destino mismo de México, el mañana que estamos febrilmente amasando. Y todo nos está permitido en nuestro papel de maestros, menos enseñar al escepticismo estéril, el conformismo triste; todo, menos dar muerte a la esperanza".

Hace algún tiempo tuve oportunidad de expresar que no sólo trabajan por el bien de la patria aquellos que se quedaron en el campo, vigilando el cultivo de las plantas que nos sustentan, ni únicamente quienes en los talleres y en las fábricas jadean, sudorosos, domando las asperezas de la materia para hacerla útil, sino muy principalmente los que en la austera quietud del gabinete se consagran a la investigación científica e igualmente quienes en los libros y en las aulas esparcen y quienes en los libros y en las aulas recogen el polen fecundante de las ideas. Y es muy significativa para el país la investigación jurídica y la enseñanza del Derecho, por naturaleza instrumento de la justicia, pues ésta es el contenido normal del Derecho, sin el cual no es dable la humana convivencia.

La Facultad de Derecho forma especialistas no carentes, claro está, de elevado humanismo; se apoya en sus ricas tradiciones pero con un efectivo contacto con la existencia pública, con la realidad histórica; está abierta, para emplear las palabras de Ortega y Gasset, a la plena actualidad, más aún, está en medio de ella, en ella sumergida, porque además de requerir del aire libre histórico, la vida pública la necesita y será siempre un poder espiritual, representando la serenidad frente al frenesí, la seria y cálida agudeza frente a la indiferencia de la frialdad; constituye un principio promotor de la historia. No se piense, pues sería erróneo, que la formación que otorga esta Facultad está reñida

con la cultura. Lo difícil es equilibrar el binomio ciencia-cultura, pues sólo en esa forma se lograrán profesionistas siempre comprometidos con la búsqueda de soluciones adecuadas a los problemas de su tiempo. Quien carezca de cultura humanística, no podrá comprender al hombre en todas sus grandezas y miserias; sólo el humanismo le hará valorar lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo. He repetido siempre, siguiendo al pensador uruguayo José Enrique Rodó, que el educado sentido de lo bello es el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, lo sienta estéticamente como una armonía. . . “Quien ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva casi hecha la jornada, para distinguir lo justo de lo injusto; podrá huir del mal y del error como de una disonancia; buscará lo bueno y lo justo como el placer de una armonía”. En nuestra Facultad se enseña a los alumnos no sólo a aprender la ciencia, sino a crearla con devoción constante. El auténtico maestro es el que logra unificar la reciedumbre científica con el pulimento del espíritu. No únicamente debe ofrecer a los estudiantes la verdad, sino el camino para alcanzarla. . . No olvidemos la tan repetida, pero siempre fresca frase de Martí. “Ser culto es el único modo de ser libre”. El verdadero maestro ha de convencer a sus alumnos de que nuestra Universidad tendrá la estructura que con amor le marquen los propósitos de todos —maestros y estudiantes—, y alcanzará la altura a donde, con pasión, la eleven nuestros esfuerzos. . . Agradezco a Dios el haberme dotado de gran fecundidad espiritual, pues desde hace medio siglo, hijas e hijos, que aumentan por centenares en cada ciclo escolar, gracias a nuestra Alma Mater han penetrado y penetran, apretujados, en mi corazón, seguramente dando codazos del alma; son las alumnas y alumnos de ayer, de hoy y de siempre; constituyen dentro de mí un invaluable tesoro. . . siempre me brindan su amor filial maravilloso y trato de corresponderles paternalmente. A diario, al pedir a Dios sus bendiciones para mi hijo, con igual fervor las imploro para esas hijas e hijos que me han hecho poseedor de un maravilloso tesoro que da sentido a mi vida.

El orgullo, el inmenso orgullo con que recibo este magnífico homenaje hoy, mañana será humildad en la faena diaria.

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”

Atentamente